

# RENACIMIENTO CONSERVADOR

## Límites, razones y perspectivas

por JAIME NOGUEIRA PINTO\*

En una época marcada por el oscurecimiento y la disolución, en el campo de las ideas y las usanzas políticas —de lo que podríamos llamar el pensamiento o las corrientes conservadoras— sucedió en los últimos años una especie de rehabilitación, en Europa Occidental y los Estados Unidos. Sin embargo, conviene delimitar con prontitud el espacio y las razones de este fenómeno, evitando de este modo adoptar una perspectiva distorsionada.

En primer lugar, es muy importante la distinción histórico-semántica entre los países de tradición anglosajona, Inglaterra y América del Norte, y el resto del mundo libre. El uso de la expresión o autodesignación **conservadores o neo-conservadores** (entre intelectuales, círculos de discusión, partidos y movimientos políticos) continúa restringido a este primer espacio cultural y geográfico. Fuera de él, los sectores identificados con tales líneas o posiciones, sea en Europa Occidental, América Latina u otras zonas, prefieren denominaciones diferentes. Con excepción de algunos pensadores del sur del Viejo Mundo, y de algunas fuerzas políticas de Europa septentrional, la designación de **conservadores** no ha logrado imponerse fuera del ámbito señalado, y se utilizan nomenclaturas distintas. (v.g., nacionalistas, populistas, demócratacristianos, liberales). Puede constatarse hasta un regreso al término **derecha**, muchas veces preferido a **conservador**.

En segundo lugar, el resurgimiento de estas ideas tiene relación, principalmente con **el fracaso o la desilusión respecto de las contrarias**, que se centran, sobre todo, en la ineficacia de los modelos de socialismo, totalitarismo o democráticos: la “inteligencia” de Occidente reconoció la verdadera naturaleza li-

\* JAIME NOGUEIRA PINTO; Profesor de Derecho Político de la Universidad de Lisboa y Director del Diario portugués “O’Seculo”.

berticida del Estado soviético y los demás sistemas de “socialismo real”: por otra parte, tuvo lugar una acumulación de desastres económicos de los países socialistas democráticos en Europa, y del “*Welfare State*” rooseveltiano en los Estados Unidos. Por último, los avances del marxismo-leninismo en el tercer mundo, mediante formas de la “guerra de baja intensidad” (*low-intensity-warfare*) (guerrilla, subversión, golpe de estado), condujeron a una toma de conciencia de los riesgos y vulnerabilidades de los sistemas políticos meramente consumistas o permisivos, llamando la atención sobre la necesidad de un rearme ético-político como condición para el rearme material y para una efectiva defensa de la seguridad nacional. Ello, principalmente en los EEUU., determinó la conversión de diversos “progresistas” a los ideales neo-conservadores.

En tercer lugar, tenemos aquí otra reserva o condicionamiento importante en el renacimiento conservador. Este tiende a **confundirse con un simple regreso al anticomunismo de la Guerra Fría y del neo-liberalismo o las concepciones económicas de Libre Mercado**. Ello constituye una simplificación peligrosa y extraordinariamente equívoca para amigos y enemigos, y procuraremos desvirtuarla minuciosamente en este texto.

Por otra parte, es indudable que el resurgimiento de las nuevas ideas tiene mucho que ver con la gravitación que ejercen, en tanto inspiradoras de líderes y políticas —principalmente en defensa y economía— naciones como los Estados Unidos e Inglaterra. El prestigio de algunos intelectuales y grupos de análisis conservadores, vinculados a personajes como Margaret Thatcher, y, especialmente, Ronald Reagan, terminó por determinar la proyección de su peso específico hacia la comunidad internacional en sociedades de relativa integración multidimensional, en que el favor de los príncipes vale, por lo menos, tanto como la certeza de los principios. Los conservadores están en boga...

## ¿Qué es la Ideología Conservadora?

Aparte de estas explicaciones o advertencias sobre aspectos de curiosidad y relevancia circunstanciales, inherentes a

doctrinas, ideas, corrientes, movimientos —filosofía y acción designables como conservadoras o neo-conservadoras—, y tal vez valga la pena ir más lejos en el análisis, ya sea del núcleo teórico esencial del conservantismo, o de su confrontación con realidades próximas o coincidentes (nacionalismo, derecha, reacción), o aún de su adecuación y sus perspectivas en el mundo contemporáneo.

En términos de núcleo ideal o punto de partida de una filosofía conservadora, esta ideología se basa en la consideración y afirmación del “carácter orgánico y natural de la sociedad política, cuyos valores deben aprenderse a determinar por la consagración de la Historia y la experiencia, que surgen fundamentalmente de la invención y la innovación”. Como ya señalamos, lo que caracteriza al pensamiento conservador (del vocablo latino *conservare*, guardar) es **la defensa de un mínimo ético de valores sociales estables, cuya vigencia debe mantenerse a través de los cambios históricos, aún a costa de los aspectos formales de su consagración jurídico-institucional.**

Intentemos descomponer y analizar algunos de los elementos conceptuales enunciados. Por ejemplo, la idea del carácter “orgánico y natural” de la sociedad política. El pensamiento “progresista” —sentido radical y elemental del pensamiento iluminista basado en el valor de la idea de progreso lineal y guiado por la razón— acaba por privilegiar siempre, los resultados de la reflexión crítica sobre las “sociedades existentes”. Los filósofos y ensayistas del Siglo de las Luces utilizaron, para criticar las sociedades tradicionales de Occidente, un hipotético “Estado de Naturaleza”, inventado o sublimado, que retrataría a los hombres en estado “natural” o pre-social, considerando que la jerarquía, la autoridad, el Estado, la Familia, la propiedad, la misma religión, organizados y entendidos en términos de la tradición romanocristiana de Occidente, eran fundamentalmente negativos y limitadores de la realización humana. Configuraban, por tanto, como elementos “artificiales”, políticos, una especie de superestructura de dominación y control, abogando por una idea de “tabla rasa” de valores, que debía sustituirse por las construcciones racionales de la inteligencia y la razón discursivas.

El pensamiento y la razón “conservadoras” actúan en la perspectiva contraria. Frente a las instituciones sociales hay que preguntarse no sólo por su razón de ser —histórica, consuetudinaria, funcional, económica— sino también, para valorizarlas, proceder al análisis de las consecuencias de su desaparicimiento. No fue arbitrariamente que Burke, uno de los padres del pensamiento conservador moderno, basara sus reflexiones valorativas en la consideración cotidiana de una sociedad “en revolución”, en la cual, el orden, la ley y la tradición antiguas se disolvían. El por qué de las instituciones, nos lleva al descubrimiento de los valores sociales y de su expresión duradera. Y las sociedades perfectas, o las contrasociedades propuestas por los utópicos, deben probarse en su experiencia práctica y no en sus intenciones prometeicas. Por ejemplo, la Revolución Francesa y la guillotina, y no los derechos del hombre; como en la sociedad soviética serán la policía todopoderosa y los campos de concentración, y no la idílica fórmula leninista: “cada uno según sus posibilidades, para cada uno según sus necesidades”.

En cuanto al “mínimo ético de valores sociales estables”, éste varía según la época y el país. O, mejor aún, deben variar sus formulaciones. Un conservador japonés, uno británico y uno brasileño pueden ser patriotas, religiosos y respetuosos de la propiedad privada. Pero cada uno tiene su propia perspectiva. Análogamente, no es lo mismo ni en estilo ni en contenido ser conservador en la Inglaterra victoriana, que en la de Margaret Thatcher; en la España de Cánovas que en la de Juan Carlos III; en el Brasil del Imperio que en el de la transición post-militar.

Al contrario, también del fascismo —que buscó un cierto universalismo populista y revolucionario, apelando a veces con entusiasmo a formas de modernidad político-social y hasta estética cercanas a la “tabla rasa” en relación con el “viejo mundo” y con el “hombre viejo”—, el conservador ve a la historia como un **continuo**, en que nada, o casi nada, debe perderse ni rechazarse, aunque casi todo acabe por transformarse.

En el reconocimiento de las transformaciones y la evolución graduales como un “*fact of life*” histórico, reside un elemento que distingue al conservador del legitimista y del reaccionario, que tienden, más bien, a considerar el pasado y aún las fórmulas agotadas, como superiores e inestimablemente más

equilibradas que los modelos contemporáneos, actuando como una especie de futuristas al revés, que privilegian siempre el pasado respecto del presente y el futuro. El conservador no es, por definición, un resistente ni el último defensor de “causas perdidas”.

En este punto surge otra característica del pensamiento conservador; éste acostumbra definirse como “realista”, como “una filosofía y un pensamiento de lo que es”. Basándose en la observación, la inducción y la experiencia, pretende, de este modo, diferenciarse también del “idealismo” y el “utopismo” de sus adversarios. El conservador, aunque a veces se resigna o procura adaptarse al cambio, no lo considera “un movimiento o una ley histórica necesarios, ni mucho menos, intrínsecamente un ‘presupuesto obligatorio del perfeccionamiento de los individuos y la sociedad’”. Ello porque la fuerza, la riqueza y la independencia individuales y colectivas no están vinculadas a ningún modelo racionalmente construido e intelectualmente predeterminado, sino que resultan del juego equilibrado de las propias fuerzas sociales, según las reglas probadas de la experiencia.

## Conservación y Cambio

Si olvidamos el preconcepto decimonónico, según el cual la pluralidad de ideas y actitudes en conflicto en una sociedad constituyen una conquista de la edad contemporánea, y la consideramos más bien una característica de cualquier sociedad, con cierto grado de diferenciación funcional y una esfera de lo privado a nivel de los hombres e instituciones, podemos encontrar históricamente, aún antes de la Revolución, tensiones permanentes entre los valores de conservación y cambio. Así, en Roma —la “revolución” de los Gracos, la guerra civil entre Mario y Sila, la lucha entre el Principado y la *ordo senatorialis*—.

Por otra parte, hay edades y “culturas conservadoras” —orgánicas, jerarquizadas, sujetas a un orden—, como el Medioevo y el Barroco; y eras “progresistas”, como el Renacimiento y la Ilustración, que valoran el individualismo y el *sapere aude* Kantiano.

En estos términos, el conservantismo aparece más bien con un estilo, una forma, un modelo para encarar la realidad social, que con un contenido material e ideológico objetivo.

El cuadro geográfico en la evolución del conservantismo, considerado en su perspectiva post-revolucionaria, en la era constitucional, es, como dijimos, importante; mientras en los países anglosajones —Inglaterra, los EEUU.— se encarna con este nombre, hasta nuestros días, en corrientes filosófico-políticas y organizaciones partidistas poderosas. En el continente europeo asume características diversas, identificándose a veces con la contrarrevolución y el tradicionalismo, pero, al contrario de estos movimientos, considerando como valor esencial la libertad individual y hasta el modelo constitucional oligárquico.

Un representante típico del conservantismo continental es Alexis de Tocqueville (1805-1859), que se proclama defensor de una “libertad moderada, regular, limitada por las creencias, las costumbres y las leyes”, y confiesa: “Siento por las instituciones democráticas un *gout de tête* (“aprecio racional”), pero soy aristócrata por instinto, esto es, desprecio y temo a la multitud. Amo con pasión la libertad, la legalidad, el respeto de los derechos; pero no la democracia”.

Para Tocqueville, las condiciones de la defensa y preservación de esta libertad ordenada, son la descentralización y las libertades locales, la proliferación de asociaciones de intereses ajenos al Estado e independientes del Estado-administración, y la “pasión del bien público”, como espíritu dominante en la clase política.

Estos temas y principios del liberalismo antidemocrático —la denuncia de la “democracia totalitaria”, del terror, la exaltación del modelo parlamentario inglés, la defensa del sufragio restringido, de la propiedad, el orden y la ley— son comunes a los conservadores europeos, en modelos más o menos mitigados de constitucionalismo autoritario, a lo largo de todo el siglo XIX.

Este mismo tema, de la democracia como enemiga de la libertad en cuanto dictadura de la mayoría, es caro al conservan-

tismo liberal anglosajón, donde se expresa en autores como Stuart Mill, Hume y Burke, que muestran en el campo de la organización política la preocupación por modelos legales de protección de la minoría; surge, en una etapa más moderna, en Sir Henry Maine que se alarma con el hecho de que cada vez más hombres prefieren la seguridad a la libertad, y en el “ala derecha” de los Padres Fundadores estadounidenses.

La evolución política en Inglaterra y los EEUU. modificó sustancialmente algunos de estos temas —como el antide-mocratismo, que evolucionó hacia formas más actualizadas, como el “derecho a la diferencia”—, concentrándose la reflexión conservadora en cuestiones económicas, como la defensa de la libertad de mercado y de empresa frente al estatismo y las formas de fiscalización confiscatorias, en el realismo y la política de equilibrio en las relaciones exteriores (en la huella de Metternich y de Bismarck), así como en un sistema complejo de protección de los derechos de las minorías políticas y sociales, sobre todo ante los peligros de la “sociedad de masas”, tema favorito de autores conservadores continentales como Spengler y Ortega y Gasset.

En el continente, el advenimiento de un nuevo ciclo de grandes revoluciones a fines de la Primera Guerra Mundial, la erupción de la sociedad de masas, la crisis del parlamentarismo en las naciones industriales, como constataron Valéry, Spengler y Toynbee, entraba en el ocaso político-militar frente a las potencias emergentes, aportaron otros asuntos a las cosmovisiones conservadoras, que pusieron en cuestión la continuidad de los modelos constitucionales oligárquicos en términos de equilibrio. De allí, fenómenos como la “revolución conservadora” alemana, cuyos epígonos, como Moeller Van der Bruck, critican el conservantismo tradicional o su liberalismo y defienden uno nuevo, antiliberal, imperialista, nacional y socialista, posición común a la derecha intelectual de Weimar, cuyo pensamiento, incidentalmente, se denomina *Konservative Revolution*.

También en la escuela neomaquiavélica y elitista italiana (Pareto, Mosca, Michels) encontramos las líneas de un conservantismo que, permaneciendo en términos de principios cerca-

no al liberalismo oligárquico, no deja de criticar el sistema parlamentario partidista ni de inspirar algunas de las tesis de la reacción nacionalista y autoritaria incipiente. En Francia, la tradición conservadora tuvo una fase antiliberalista con la Segunda Guerra y la ocupación, cuando Pétain y Vichy encarnaron, para las clases conservadoras francesas, algunos de sus principios y planteamientos tradicionales. Pero, en la postguerra, éstas regresaron a su perspectiva liberal tradicional, en que se mueven pensadores como Bertrand de Jouvenel y Raymond Aron.

La misma es, por lo demás, la que predomina en el "neo-conservantismo" político que resurge después de la guerra en Europa continental, en el plano político e ideológico, y que en la acción partidista se integra plenamente en grandes partidos moderados o centristas, como el "ala derecha" de la democracia cristiana de Italia, o la CSU alemana, o el Centro Nacional de los Independientes francés. Estos partidos o movimientos, sociológicamente "conservadores", perdieron su especificidad doctrinaria e ideológica, y las características que presentan son un anticomunismo y antisocialismo acérrimos, una defensa de la economía de mercado y la esfera privada, una política exterior y militar antisoviética, y una mayor o menor simpatía hacia los Estados Unidos.

El pensamiento conservador continental, elitista, aristocratizante, pesimista, escéptico en cuanto a los límites y posibilidades del racionalismo político, se refugió en círculos de intelectuales alejados de la intervención política, aunque con cierta influencia indirecta sobre los cuadros, las publicaciones y los medios; en los últimos años, a través de fenómenos como la "nueva derecha" en Francia, los círculos de teóricos monetaristas en otros países, esta corriente recuperó cierta gravitación directa. G. Prezollini, en Italia, Raymond Aron, Bertrand de Jouvenel, Julien Freund, en Francia, Armin Möhler y Carl Schmidt, en Alemania, son nombres representativos de estas tendencias conservadoras, y en su pesimismo antropológico coexiste una defensa de la libertad y del derecho de las minorías.

En cuanto al conservantismo anglosajón, mantuvo las características del empirismo, relativismo y escepticismo respec-

to de cualquier sistema y argumentos metapolíticos y, en Inglaterra, retuvo las características matrices que le atribuyó Sir Robert Peel, quien escribió que “por principios conservadores entendemos la salvaguardia de las instituciones vigentes en la Iglesia y el Estado, y también la preservación y defensa del conjunto de leyes, instituciones, costumbres, usos y maneras que han contribuido a fundir y formar el carácter de los ingleses”.

Este pragmatismo, da lugar a una cierta indeterminación y proliferación de corrientes conservadoras, relativamente identificables en Inglaterra, donde se concentran en el partido así denominado o en regiones próximas, pero difíciles de localizar en los EEUU. Aquí, basta una mirada a ciertas obras de conjunto, como los volúmenes de Clinton Rossiter, W.F. Buckley Jr, y George H. Nash, para formarse una idea de la cantidad y complejidad de las corrientes conservadoras en el país, que van desde los tradicionalistas religiosos como el filósofo judío ortodoxo Leo Strauss (1899-1973) hasta el ensayista y polemista católico William F. Buckley Jr., que, en las columnas del “*National Review*”, procuró agrupar todas las corrientes “derechistas” norteamericanas, pasando por los discípulos de la escuela económica austríaca, por los neo-maquivelistas como James Burnham, los “neo-conservadores”, como Irving Kristol, y los tradicionalistas, como Russell Kirk.

En su conjunto, el conservantismo de estos autores encuentra denominadores comunes en la oposición al modelo del *New Deal*, a la idea del progreso indefinido, en la defensa de la esfera de lo privado, en la hostilidad a la burocratización y socialización de la economía, en el escepticismo frente a los ideales mundialistas, y en una **política** de firmeza y resistencia frente a la expansión soviética. Algunos hombres, y algunos mitos, de las tesis de la **inteligencia** conservadora estadounidense, se encuentran en el programa electoral y en la Administración de Ronald Reagan, él mismo líder del ala conservadora que se adueñó del partido republicano. El retorno a la idea de los Estados Unidos como nación predestinada y predilecta de Dios, la defensa de los valores religiosos, patrióticos, locales, familiares, de la empresa privada, de una política exterior y militar sólida y anticomunista son, por lo demás, temas comunes al

conservantismo norteamericano actual, que, en forma curiosa, es hegemónico en la sociedad tecnológicamente más avanzada del globo, y se muestra también más afirmativo y menos pragmático que la matriz original del Reino Unido.